

# Coloquios sobre iglesias

Luis Moya.

## 1 EL ARQUITECTO EN RELACION CON LA LITURGIA Y EL PUEBLO CRISTIANO

Es posible estudiar el problema de cómo debe ser una iglesia desde un punto de vista en reflejo, no para contradecir el método directo, sino para completarlo. En vez de atacar directamente la cuestión de cómo debe ser una iglesia, un amante de la tradición trataría de encontrar la raíz de donde han salido los diferentes tipos de iglesia que se han sucedido en la Historia.

Ante todo, ha de quedar establecido que el edificio de la iglesia, como cuanto en él sucede, no representa nada ajeno a él mismo, sino que es una realidad en sí. De aquí la importancia de conocer cuál haya sido esta realidad a lo largo de la historia del pueblo cristiano.

Aquí se considera que el templo ha sido considerado tradicionalmente como el vestido, más que la casa, para este pueblo, o sea para la comunidad de los fieles que constituye el Cuerpo místico de Cristo. Las variaciones en el tipo de iglesias serán las adecuadas a los cambios y el crecimiento del Cuerpo místico, pero—y ésta es la novedad de este punto de vista—consideradas en relación con la idea que los fieles tuvieron de la liturgia en cada época, más que con la liturgia en sí misma. No se hicieron templos para la liturgia, sino para el modo de practicarla la comunidad cristiana. No fué una relación, que podríamos llamar abstracta, con la Teología, el dogma, las verdades elevadas, etc., sino una relación concreta con el modo cómo vivían los cristianos estas altas realidades.

De este modo, el primer tipo de iglesia—la basílica constantiniana—tiene como modelo constructivo y formal la basílica de la Roma imperial, edificio civil mezcla de Foro cubierto, Bolsa de comercio y Tribunal. Para elegir este modelo no parece que hubiera otras razones que la gran capacidad y el poco coste de este género de edificios, así como la posibilidad de construirlos rápidamente con los medios disponibles en Roma. Lo que se puede calificar de "explosión cristiana" a raíz del Edicto de Milán exigía este tipo de naves para alojar a los muchos fieles. Eran el vestido adecuado para esta primera cristiandad multitudinaria, que además actuaba de un modo muy comunitario, de modo que se requerían buenas condiciones de visualidad y de acústica. El género basílica las cumplía en gran parte, de modo que se pudo imitar con ligeros retoques. Según se deduce de estudios ya antiguos, ninguna de las basílicas paganas fué aprovechada por los cristianos—aunque a veces se hiciese uso de sus materiales—por razón del culto a los mártires, que había de realizarse en sus mismas e inamovibles sepulturas. Para más honrar éstas, se las rodeó desde el principio de un ambiente noble y rico, necesario además para el Santo Sacrificio que había que celebrarse sobre la tumba del Mártir. Para este ambiente se eligió como modelo aquello que en la antigua Roma era, a los ojos del pueblo, lo más majestuoso: el aula regia de los palacios imperiales. De este modo los grandes templos de San Pedro en el Vaticano y San Pablo extramuros (así como otros menores) se formaron por la yuxtaposición de dos cuerpos de edificio: uno, la "basílica", para el pueblo; otro, el "aula regia", para el culto. Este último consistía en una nave (o dos) perpendicular a la basílica y un ábside que rodeaba el sepulcro y el altar. Aunque la forma del conjunto recuerda vagamente a una cruz, no parece que este simbolismo haya sido buscado en ningún caso. Razones prácticas, tales como la muchedumbre de los fieles, la liturgia papal, el culto de los mártires, etc., bastan para explicar este nuevo género de edificio que es la basílica cristiana latina.

De modo análogo se podrían revisar los distintos modelos de iglesia que se han sucedido, desde las diminutas iglesias asturianas para pequeñas comunidades de fieles en las montañas hasta las grandes catedrales para las ciudades escolásticas y razonadoras de la Francia medieval. En todos los casos, más que la liturgia en sí, lo que revelan las iglesias es la relación de los fieles con la liturgia, tanto si son para el pueblo como cuando son conventuales.

La idea de relacionar directamente la forma del templo con la liturgia, con el dogma, con el mismo Dios, surge precisamente cuando

empieza a resquebrajarse la cristiandad. Un humanista como León Bautista Alberti, hombre no esencialmente y completamente cristiano, plantea en el siglo XV el problema de la forma del templo: propone sea redondo como imagen de lo absoluto, de lo divino, y discute las variaciones esenciales que resultan de colocar el altar en el centro o al fondo. Estas discusiones teóricas llenan más de un siglo, en el momento de Lutero, y nadie menciona a los fieles como Cuerpo místico de Cristo. La Iglesia es una representación de lo divino a través del Arte, y nada más.

A partir de Trento y de los jesuitas, la iglesia vuelve a "ser", no a "representar". Es otra vez el vestido para la comunidad de los fieles. Los cuales, hartos del abstractismo humanista y protestante, quieren "ver" y no sólo razonar. Quieren ver la humanidad de Cristo, y de la Virgen, y a los santos, y también quieren ver las virtudes—la Fe, la Esperanza, la Caridad, y los dogmas, los misterios, y todo—. El templo se llena de imágenes, y no basta. Hay que "representar", teatralmente, en el lugar que "es", pero la representación será el concepto del mundo y de la vida para el pueblo del barroco, y lo teatral adquiere un "ser" propio más allá de la representación. Es un mundo de realidades para la comunidad cristiana de aquel momento, no de representaciones ni de símbolos. Se llega a los extremos fantásticos, pero reales, de las iglesias alemanas y austríacas de Die Wies, Wierzeheiligen, etc., de los que deriva directamente el modelo de teatro de ópera característico del siglo XIX. Al mismo tiempo, las cosas empiezan a confundirse y se difumina la realidad esencial, que empieza a ir a la zaga de su representación. Así, a Luis XIV no le basta ser rey, sino que se disfraza de rey, y de Rey Sol. Los conceptos de justicia, política, etc., van no escondidos en sus ampulosas representaciones, sino detrás de éstas y sometidos a ellas. Este es el fin del "Antiguo Régimen".

Ahora, casi siglos después, hemos vuelto a la posición de León Bautista Alberti, y de nuevo nos planteamos de un modo abstracto cómo debe ser una iglesia. Ciertamente es que nos guiamos por la liturgia rediviva, pero no establecemos entre ella y la arquitectura ese puente que fué, en otros tiempos, las realidades del pueblo cristiano y de su relación con las formas litúrgicas y su modo religioso de ser.

## 2 LA TRADICIÓN

Hace pocos años se publicó la Instrucción del Santo Oficio sobre Arte Sacro. En ella se aconseja taxativamente que el artista "se apoye en la tradición", cosa difícil de hacer hoy, pues no vivimos la tradición en arquitectura desde hace siglo y medio. La tradición es un modo de vivir y de hacer, y no un repertorio de formas inmutables. Puede aclararse esto aduciendo algún ejemplo histórico: es indudable que en la Edad Media el verdadero texto de arquitectura era el *Vitrubio*, libro que conocemos hoy precisamente por las copias que hicieron de él los monjes medievales; los arquitectos de las épocas románicas y góticas seguían, aunque parezca raro, este texto. Pero lo hacían con el sistema de tradición dinámica, o sea asimilada, como se ve en el tema de las proporciones. Para los cuales dispone *Vitrubio* se tomen como norma las del cuerpo humano, considerando que éstas son las de un cuerpo perfecto, teóricamente, tal como lo definió algún "canon" helenístico que a través de Hermógenes debió llegar a nuestro autor.

Esto se toma al pie de la letra por los maestros de la Edad Media, y con tal sistema se proporcionan las catedrales góticas y las otras iglesias, y hasta llega al siglo XVI con el manuscrito de Simón García (*Architectura y Simetría de los Templos*, publicado por Camón Aznar), donde se transcriben las proporciones según Ontañón, que son todavía las de Vitrubio a través de la Edad Media, y no las de Vitrubio tal como se entendía en el Renacimiento.

El mismo espíritu y hasta los mismos detalles técnicos de la proporción, rigen en cosas tan diversas como un templo helenístico y una catedral gótica, y la causa que hace posible esta continuidad es una tradición no interrumpida desde el siglo IV antes de Cristo hasta el XVI, por lo menos.

### 3 LA SIMETRÍA

Se ha tratado de la simetría en el sentido vulgar, o sea de la que repite a la izquierda lo que hay a la derecha, y se ha hecho notar que no es adecuada para el altar y el presbiterio de la iglesia, donde se da una clara asimetría de funciones y de dignidad entre el lado de la Epístola y el del Evangelio. Puesto que la tradición repetía en el templo las proporciones de la figura humana, tomaba ésta también en su postura más digna, y así el modelo era la actitud simétrica, hierática, como la del soldado en posición de firme o la del sacerdote al volverse al pueblo. Nada de posturas familiares y cómodas.

Pero como la asimetría de dignidad y función existía a pesar de todo, se hacía entrar otro elemento en la composición, y éste no simétrico. Era la luz natural, que al estar el eje de la iglesia dirigido del Oeste al Este, actuaba con más intensidad en un lado que en otro. La luz entraba principalmente por el lado de la Epístola, y colocadas adecuadamente las ventanas, venía a iluminar el lado contrario, del Evangelio, dejando el primero en contraluz. Este efecto se exageraba en muchas iglesias españolas, que carecen de ventanas al Norte, y aun en las francesas se acentuaba la diferencia natural de intensidad entre ambos lados por medio de los colores de las vidrieras, que eran de gama fría—azules y violetas—al Norte y de gama cálida—rojos y amarillos—al Sur.

También el reparto de asuntos en las vidrieras y en las esculturas se acomodaba al diferente carácter de ambos lados, pero más aún la simbología, que aunque de origen muy antiguo, era entendida por el pueblo en la Edad Media. Todos comprendían lo que significaba una cruz, o una figura, o el libro de los Evangelios, representados dentro de un templete redondo, o bajo un baldaquino con cortinas. En conclusión, se conservaba la dignidad de la arquitectura simétrica, y se acusaba la asimetría de las funciones por el manejo de la luz natural.

### 4 LA POBREZA Y LA SINCERIDAD

La pobreza, como condición necesaria en una iglesia, es cosa de hoy. La tradición quería las iglesias tan ricas como fuera posible, y esto desde las catacumbas. Se hizo siempre lo más y lo mejor dentro de las condiciones del lugar y del tiempo. Pero además se quería la sinceridad, y esto hacía más difícil el problema, pues obligaba a que la estructura fuera bella y rica en sí, ya que no se podía revestir, como ahora se hace. Si la cubierta era una armadura de madera, ésta quedaba a la vista con toda su complicación, y también con toda su verdad. Ahora se busca una falta sencillez revistiendo armaduras metálicas con cielos rasos, tanto en iglesias como en cines. Los antiguos no tenían miedo a la complicación cuando ésta era necesaria. De este modo sus estructuras eran expresivas de por sí, aun antes de añadir figuras y símbolos.